

Dado que el Parlamento es, por propia definición, el lugar en el que se parlamenta, se habla, se debate y a veces se rebuzna, no extrañará que los diputados anden enzarzados estos días en una singular polémica sobre la lengua. O sobre las lenguas, para ser más precisos.

Quieren algunos nacionalistas que el Congreso actualmente monolingüe deje de usar en exclusiva el castellano y tolere también otros idiomas oficiales de España, tales que el gallego, el catalán o el eusquera. Así, a simple vista, no parece que el asunto tenga la suficiente enjundia como para consumir las costosas energías de los congresistas; pero ya se sabe que cuando el diablo no tiene nada que hacer, ocupa sus ocios en matar moscas con el rabo.

Se trata, como es natural, de una cuestión meramente simbólica, habida cuenta de que todos los parlamentarios dominan –mejor o peor– el castellano, además de la lengua que en su caso pudieran tener por materna. Pero los símbolos no dejan de tener su fuerza, y prueba de ello son los rifirrafes a que ha dado origen la insistencia de algunos diputados catalanes en usar su propio idioma y

# Las lenguas y las obras

Crónicas  
Galantes

Anxel Vence



... la polémica parece un tanto extravagante y, en todo caso, ociosa

la negativa del jefe de la Cámara, Manuel Marín, a permitirselo.

A tanto llegó la disputa que el propio presidente del Gobierno, José Luis (R.) Zapatero ha decidido mediar entre los contendientes a favor del uso –dialogado, como es natural– de otras lenguas distintas del castellano. Quizá la medida exija la dotación de plazas de intérprete en el Congreso para la traducción simultánea de los discursos, lo que, se mire como se mire, va a favorecer el crecimiento del empleo en España.

Habrà quien atribuya a Zapatero un cierto deseo de complacer a los nacionalistas que sostienen su gobierno así en Cataluña como en España; pero eso no representaría novedad alguna. También su predecesor en el cargo, el conservador José María Aznar, llegó a confesar que ha-

blaba catalán “en la intimidad” cuando dependía de los votos de Jordi Pujol para sacar adelante los presupuestos. La lengua, con presupuesto entra, ya se sabe.

La polémica parece un tanto extravagante y, en todo caso, ociosa; pero el caso es que resulta muy útil en la medida que mantiene distraído al público de otros asuntos.

Mientras los congresistas se divierten dándole a la lengua sobre el uso de las lenguas, la gente deja de interesarse en otras cuestiones menores tales que –un suponer– el hundimiento de un barrio entero en Barcelona, el cobro de comisiones a cambio de obras públicas, el paro, los contratos precarios y los sueldos miserables de los jóvenes. Entre otras muchas que, por desgracia, harían insuficiente el breve espacio de esta croniquilla.

No quiere ello decir, ni mucho menos, que las lenguas sean una cuestión secundaria. Lo sabemos bien aquí en Galicia, donde existe un idioma en trance de extinción a no muy largo plazo y acaso no valoremos la trascendencia histórica, cultural y humana de esa enorme pérdida. Sobra decir, sin embargo, que el acelerado declive de uso del gallego no se soluciona con medidas de cosmética parlamentaria como las que tan ocupado tienen al Congreso.

Algún gallego sentimental habrá que tal vez encuentre más reconfortante el derecho al uso de su lengua en el Parlamento que –por ejemplo– el cobro de los 12.500 millones de euros aprobados para indemnizar a Galicia por los daños del “Prestige”. Una cosa no tiene por qué excluir la otra, naturalmente.

Materialistas como somos, puede que la mayoría prefiramos sin embargo que el actual Gobierno cumpla con los acuerdos de un anterior Consejo de Ministros celebrado hace un par de años en A Coruña. Si además publica en gallego las licitaciones de obras en el Boletín Oficial del Estado, sería todo un detalle por su parte. Pero el caso es que lo haga, aunque sea en alemán.

*anxel@arrakis.es*